

Los corazones blancos

LUIS MANUEL ZAVALA

Casi arrepentido de haber cedido a la tentación, observo las fotografías de la portada; son cinco ilustres jugadores merengues. A la izquierda, presidiendo el desfile, el más grande de todos: Alfredo Di Stéfano. Un poco más abajo, unos ojos tan inteligentes como tan intensos; son los de un niño que ha dibujado a su héroe, largo, largo, como un personaje del Greco. El brazo izquierdo en todo lo alto, con un saludo que es un triunfo; un insospechado copete cubre hasta media frente de la famosa "Sae-ta rubia". Por supuesto tal dibujo no puede ser un modelo de realismo y, sin embargo, qué autenticidad; y es que la fidelidad a la que obedece es de naturaleza indiscutible, es la que proviene de los ojos del alma.

Pienso en la fuerza de la evocación, en esa portada que nos conduce hacia los territorios siempre entrañables de la infancia; pienso en el niño que no pudo ver al Real Madrid ni a Di Stéfano, pero los incorporó a su imaginación hasta teñir su corazón de blanco. Niño otra vez, miro al autor del libro como un personaje épico y me siento plenamente orgulloso de compartir con él una pasión y una mística, las cuales de alguna manera nos igualan. Entonces la elección empieza a tornarse lúcida: escogí ese libro, *Salvajes y sentimentales*, porque yo también deseaba un reencuentro con mi héroe.

Casi al momento de abrir el libro me pregunto si se puede decir algo medianamente interesante o nuevo acerca del fútbol; no obstante, inicio la lectura con una esperanza firme, sabedor de que Javier Marías suele presentar desde perspectivas insólitas y fascinantes los asuntos más comunes. Recuerdo su *Corazón tan blanco* y su visión del matrimonio como una institución preñada de delirios atroces;¹

¹ En dicha novela descubrí que estar casado es tan monstruoso como permanecer soltero. Desde entonces, ya no me siento culpable a causa de mi soltería y, por tanto, vivo más ligero.

o el regocijante artículo "Delitos futuros" (*Mano de sombra*), donde el autor nos alerta sobre la ambigüedad con la que aparece tipificado en los códigos el acoso sexual, según la cual casi todo puede constituirse en materia de delito, incluso lanzarle un piropo o dedicarle un poema a la supuesta víctima. La conclusión habla por sí misma: De seguir así toda relación sexual terminará por realizarse ante un notario.

De entrada, la constatación de una verdad siempre sospechada pero que hasta la lectura de Javier Marías adquiere visos de certeza: el fútbol representa "la recuperación semanal de la infancia", por eso no valen los intentos de muchos técnicos por atenuar y, en consecuencia, desdramatizar la magnitud de lo ocurrido, menos aún cuando se pierde un clásico: no sólo son tres puntos que se van, es un puñado de héroes que han caído. Lo anterior impregna de una especie de ética trágica lo que de otra manera sería sólo un pasatiempo frívolo:

La primera lección de todo jugador y de todo entrenador debería ser ésta: "En este juego si no hay drama no hay nada." Si perder o ganar un partido no se vive como un asunto crucial y con argumento o historia, con desenlace o catástrofe, que afecta al pasado, al presente y al futuro, a la dignidad y a la decencia y por supuesto a la cara con que se levanta uno al día siguiente, entonces dejémosle estar y miremos por televisión a los equipos de los otros con ecuanimidad y tibieza ("Corazones tan blancos", p. 44).

La añoranza de Javier Marías por un fútbol más épico, más deslumbrante y, ante todo, más dramático encuentra eco, síntoma de que efectivamente algo se está perdiendo. Vienen a cuenta los versos del ex madridista y ex albiceleste, Jorge Val-

dano: "Ya no hay juglaría heroica, / ni extremos incisivos, / ni poetas que canten al balón. / Es la hora del carrilero y del prosista."² Encandilado, distraído, por el primer verso (olvido por un momento que Valdano habla de las transformaciones técnicas y tácticas del juego) recuerdo con nostalgia a uno de sus cantores —iba a decir poetas—: Ángel Fernández. Al conjuro de su nombre, la imaginación se puebla de personajes dispuestos a la hazaña. No importa, según afirman muchos aficionados, que su narración fuese más grande que los hechos, otra vez combaten el Cyrano y el Pierna fuerte, el Hijo del Corso y el Confesor. Y qué decir de esa maravillosa metonimia que resume y expresa como en un aleph lo que fue un partido memorable (Italia 3, Brasil 2): "La pelota se volvió azul."

Despierto de la evocación y regreso a la lectura. Poco después descubro que hay jugadores, como algunas estrellas de cine, cuyo nombre, de cuatro a más sílabas, parece resguardarlos del olvido: Beckenbauer, Maradona, Zubizarreta, Batistuta, Antognoni (¡jugadorazo!, me pongo de pie), Butragueño. Este último un héroe musical porque su juego, desprovisto de significado, "carece de letra y de explicación. Como la música sólo puede tararearse, nada más" ("El héroe musical", p. 88). Incorruptible como todo personaje épico, carente de edad y siempre admirado, a sus seguidores no les queda sino lamentar su partida; de ahí que el escritor se lamenta de que nunca sabemos cuando es el fin de algo. "Hay un delantero rubio a quien he visto anotar por última vez", acaso diría un improbable Borges futbolero.

Al igual que el poeta argentino, Marías no pierde ocasión para lanzar sus dardos al nacionalismo. La selección de España

² Citado por Eduardo Alonso en "Lfrica y prosa de las patadas", en *Leer*, julio-agosto de 2000, p. 118. El juicio de Valdano me parece algo injusto, ya que a medida que el fútbol se vuelve más táctico y atlético, se torna más difícil para un jugador soñar dentro de la cancha. No obstante, hay una buena noticia para Valdano y para todos lo que añoramos el fútbol creativo: existe un jugador maravilloso cuyo futuro parece ilimitado; se llama Pablito Aimar.

y el Barcelona son sus blancos recurrentes; de manera irónica los une su falta de identidad. La primera sin un estilo reconocible (cuando menos la que participó en el último mundial), no es como Alemania, “aburrida y tenaz”, ni como Brasil, “adornada y algo hueca”, ni como Argentina, “con suficiencia y miedo” (“Cuatro corners zurdos”, p. 171). Por su parte, el Barcelona parece empeñado en una imposibilidad metafísica: representar a Cataluña con base en jugadores extranjeros. Lleno de holandeses, olvidan sus dirigentes y su director técnico que ante el Real Madrid es más importante la participación de Guardiola que la de Kluivert o Rivaldo. La pasión de los clásicos se mantiene a condición de que los equipos sean representados por jugadores que uno identifica con el club no con jugadores de paso, mercenarios a final de cuentas, recuerda Javier Marías. El rival al que se quiere ver caer ya resulta irreconocible para la memoria del alma, entonces nada más justo que reclamar a quienes lo han desvirtuado, en especial a algunos directivos: “Y

mientras nos roban el vestigio mayor de la infancia, cínicos como Nuñez declaran que la culpa de que jueguen tantos extranjeros la tiene el gobierno” (“Trasvase o estafa”, p. 197).

Si bien el tema de la identidad destaca en la obra, no es el único de los asuntos metafísicos relacionados con el fútbol que trata el autor. Y si le interesa la transformación del conjunto “blaugrana” —equipo que ya no parece frágil, melancólico y hamletiano, sino triunfalista y cínico— o la del Real Madrid —que gana su séptima Copa de Campeones y al mismo tiempo da lástima en la liga—, Marías también fija su atención en la naturaleza transitoria de la victoria y del fracaso. En el fútbol cada semana hay que empezar de nuevo; por eso es cruel y por eso es benigno. Los jugadores en cada jornada reviven el mito de Sísifo, sugiere el perspicaz escritor madrileño.

Los festejos de los goleadores, la actitud ante los himnos nacionales, las malevas perillas de varios seleccionados españoles son otros de los asuntos considerados en

el libro, cuyo título, *Salvajes y sentimentales*, abarca a todos los involucrados en el juego. Irreverente, desmitificador como en sus otros escritos, Marías se manifiesta en contra del aspecto “innoble o amane-rado” del portero de Francia (Barthez) en el último mundial o del mexicano Jorge Campos, “vestido de Superratón”, imagen esta última que va en detrimento de la dignidad propia del guardameta y que constituye una especie de provocación a los delanteros a quienes Campos invita a vejarlo y, por lo tanto, a horadar su portería (“Cuatro corners zurdos”, pp. 172 y 173). No puedo evitar preguntarme si ésta es la causa de algunos de los últimos descalabros sufridos por la selección de México. Espero que esto no se confirme en los próximos encuentros, aunque desde luego me interesa mucho más el futuro de mis queridos Pumas.

A punto de terminar la lectura, después de mirar las fotografías de la etapa mítica del Madrid, muchas a salvo de la corrupción en álbumes infantiles, pienso en lo que representaría para el espíritu de un pequeño ver al equipo de Alfredo Di Stéfano sobre el terreno de juego. Para el niño Javier Marías sería lo mismo que para muchos otros: un puñado de héroes siempre dispuestos a la gesta gloriosa. La emoción se aviva, sin embargo, en el caso de un niño formado en la atmósfera franquista, en la que “todo lo demás era marrullería y trataba de inspirar miedo y era sordido más que dramático. El Madrid era un oasis como el cine de los sábados” (“Oasis”, p. 25). Entonces el fútbol desplegado por los merengues implicaba como tantas novelas de aventuras un aprendizaje ético. Era el anuncio de que el mundo podía ser mejor en una sociedad marcada por lo gris.

El aficionado al fútbol se vuelve niño, cuando menos mientras goza o sufre los avatares de su equipo. Asiste al estadio como si fuese a un rito que le permitiera recuperar su infancia. Ahí, en compañía de los otros, en colaboración con los otros, tal vez restaure su corazón tan blanco. ♦

Javier Marías: *Salvajes y sentimentales*, Aguilar, Madrid, 2000. 235 pp.

